

HANS JOAS AND WOLFGANG KNÖBL
WAR IN SOCIAL THOUGHT. HOBBS TO THE PRESENT
NEW JERSEY: PRINCETON UNIVERSITY PRESS, 2013

Ramón Vargas Maseda

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México
ramonvm@yahoo.com

Publicado en alemán en 2008, esta magnífica obra contribuye a llenar un vacío casi inexplicable en la teoría social. El libro no sólo aborda una temática nodal para la comprensión de nuestra sociedad pasada, presente y futura, sino que destaca por el rigor teórico desde el que se analiza, bajo una perspectiva plural, la complejidad de un fenómeno cuyas implicaciones no pueden ser menospreciadas.

Desde sus inicios, la teoría social ha estado inextricablemente vinculada a la idea de que la modernidad es, en esencia, pacífica. Esta idea, que habría de abarcar una parte sustancial del pensamiento occidental, es probablemente la causa principal de que se haya omitido el estudio de la guerra y de la violencia dentro del pensamiento social. Sin embargo, si bien esto explica, aunque sin justificación, la ausencia de la guerra en la obra en los autores decimonónicos, no explica por qué autores contemporáneos como Habermas, Bourdieu, Luhmann, e incluso Ulrich Beck, reproduzcan esta significativa omisión. Algunas de estas respuestas fueron contestadas en el libro de Hans Joas, *War and Modernity*, que sirve de antecedente y complemento a esta nueva publicación.

Una vez dicho lo anterior, el libro comienza con una delimitación histórica que abarca desde Hobbes hasta las guerras napoleónicas y en la que destacan cuatro escuelas de pensamiento, la posición llamada “realista” de Hobbes, la visión liberal-utilitaria de Bentham, la república universalista de Kant y la filosofía moral escocesa.

Sin necesidad de detallar los planteamientos de cada una, basta detenernos en una de las premisas centrales del pensamiento liberal, a saber, la fundamen-

tación del principio que sostenía la naturaleza pacífica de las sociedades industriales y modernas. Esta idea, que se constituyó en un principio casi axiomático, fue compartida no sólo por Montesquieu, Constant, Comte, Durkheim, Spencer, e incluso por Marx, sino también por los llamados “filósofos radicales” de orientación utilitarista, Bentham, James Mill y John Stuart Mill, así como por la filosofía escocesa, representada por Adam Ferguson, John Millar, David Hume y Adam Smith.

La idea de la naturaleza pacífica de las sociedades modernas encontró un referente concreto en el comercio como fuente principal de este proceso. Basándose en esta idea, resultó imperante fortalecer los vínculos comerciales entre las naciones hasta el punto de sostener una posición claramente anti-imperialista que planteaba que los obstáculos al comercio, impuestos por las clases gobernantes, eran precisamente la causa de múltiples conflictos. En este sentido, el referente más significativo de esta reflexión fue el de las colonias, que representaban un comercio regulado por las clases y estados dominantes y que las restringía de su participación activa en este proceso. Esta posición, de influencia iluminista fue fundamentalmente anti-imperialista y entre sus principales exponentes están Condorcet, Diderot, Herder, Edmund Burke, A. Smith, Bentham, Rousseau y Kant.

Cierto es que este espíritu contrario a la existencia de las colonias era una idea que venía de la Ilustración, pero es pertinente recordar que fue Bentham quien propuso su emancipación. Derivado de esto, Charles Irénée Castel de Saint-Pierre sostuvo una idea cuya vigencia se atestigua en nuestra actualidad, el establecimiento de un gobierno federal que uniese a las naciones, específicamente una confederación de estados. Dentro de este contexto surgió una posición dominante en la tradición liberal basada en la obra de Kant. La llamada posición “democrática-universalista” de Kant habría de respaldar el planteamiento de Saint-Pierre, aunque hay que precisar que Kant estaba a favor de una unión de estados pero rechazaba la idea de un estado mundial, ya que siempre estaría en riesgo de reproducir el despotismo.

No obstante, a pesar del avance que significaron las ideas antes mencionadas, el siglo XIX fue el escenario de la confluencia de dos posiciones que trataron de ser integradas, el liberalismo y el imperialismo.

Si bien la existencia de las colonias era un obstáculo al comercio y por tanto una de las causas principales de conflictos y guerras, James Mill, John Stuart Mill y para sorpresa de muchos, Tocqueville también, habrían de sostener la pertinencia de establecer una jerarquía entre las naciones, de forma que los países avanzados guiasen a los atrasados en el proceso civilizatorio. Si bien la idea de guiar a otros hacia el desarrollo implica una dosis de liberalismo, la idea

de que las naciones europeas y Gran Bretaña en particular representaban el punto más alto de desarrollo, los condujo a sostener una distinción claramente moderna, aquella entre “civilización” y “barbarie”. Así, James Mill y John Stuart Mill no dudaron en sostener que Gran Bretaña, en tanto el país más avanzado, tenía la obligación de gobernar India, mientras que Tocqueville sostuvo lo mismo con respecto al dominio de Francia sobre Argelia.

En una vertiente distinta, se encuentra la creencia compartida por Comte, Spencer, y Marx en la idea de progreso. Influenciado por Turgot, Condorcet y Constant, quien fue el primero en establecer la distinción entre sociedades militares e industriales, Comte elaboró la famosa ley de los tres estados, en la que la guerra tiene una importancia funcional en las dos primeras etapas para desaparecer una vez que se ha arribado a la fase positiva. Spencer, por su parte, postuló la conocida “ley del desarrollo” de lo homogéneo a lo heterogéneo en la que se da por sentado que existe un proceso evolutivo hacia formas superiores y más complejas de socialización. Según Spencer no sólo las sociedades industriales generan niveles más amplios de individualidad, sino también estructuras más igualitarias, pacíficas y democráticas. Por otra parte, la idea del comunismo de Marx implica igualmente la creencia en una sociedad sin violencia a la que se arribaría, no obstante, a través de ella.

Finalmente, es menester mencionar que, a pesar del influjo de la idea de progreso en el pensamiento occidental, tuvo también importantes detractores, especialmente en la obra de Hegel. Siguiendo a Hobbes, Hegel consideraba la idea kantiana de una paz perpetua como irrealizable en tanto el estado de naturaleza entre los estados jamás podrá eliminarse. Sin necesidad de repetir las ideas centrales del pensamiento de Hobbes, vale la pena reiterar que, si bien suele descartarse el realismo hobbesiano por haber hecho del interés propio el motivo exclusivo de la acción, la tesis central de Hobbes sobre la lucha permanente e inacabable entre los individuos y las naciones, no sólo ha sido retomada por diversos autores clásicos y contemporáneos, sino que también ha cobrado una vigencia renovada en nuestros tiempos en los que la idea de una sociedad moderna, democrática y por ello pacífica, está en duda.

El análisis continúa con la posición que asumieron los representantes clásicos de la sociología frente a lo que los autores llaman la catástrofe del siglo XX. Si bien existen múltiples consideraciones que permiten explicar la posición dominante de los representantes preclaros de la sociología, el común denominador fue el nacionalismo imperante.

Con respecto a Weber, es de resaltar que su nacionalismo estuvo inspirado en principios económicos y no meramente ideológicos, aunque Joas y Knöbl no dudan en citar a Mommsen por haber sostenido que es posible referirse a

Weber como uno de los exponentes de los elementos imperialistas de la idea de nación. No obstante, Weber no fue, evidentemente, una excepción. Dos de los pensadores más importantes para el conocimiento filosófico y sociológico, Simmel y Scheler, terminarían por reproducir una “pomposa apología” de la guerra. Para ambos, la Primera Guerra Mundial constituía la oportunidad idónea para acabar con elementos del pasado que consideraban estériles y estimular el surgimiento de nuevas formas de pensamiento y experiencia. La misma posición mantuvo Tönnies, quien llegó a defender la guerra refiriéndose a ella como la “tormenta que limpia el aire”.

En contraposición al nacionalismo alemán y americano, destaca la obra de Durkheim, quien no dejó de reiterar la existencia de valores universales, mismos que, lejos de estar circunscritos al terreno local y estatal, partían del individuo. Si bien su posición puede ser calificada de individualista, su idea consistió en una “sacralización del individuo” que iba de la mano de la confianza en los derechos humanos universales y que habría de tener una influencia decisiva en la consecución de los mismos en la segunda mitad del siglo pasado.

Por otra parte, basta sólo mencionar que los intelectuales americanos habrían de seguir la misma línea de pensamiento nacionalista. No sólo Dewey apoyó la guerra, sino también A. Small, J. Royce y G. Santayana.

La siguiente delimitación histórica abarca desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta 1970. Por razones de espacio y principalmente porque esta sección del libro no tiene un hilo conductor específico que la articule, basta mencionar los nombres de aquellos autores que aquí se abordan. Por una parte se analiza una vertiente de la sociología francesa representada por Bataille, Caillois y Michel Leiris. Por otra parte, se analiza la obra de Carl Schmitt, junto con breves comentarios sobre las aportaciones de Hans Speier, Harold D. Lasswell, Sorokin, Samuel A. Stouffer, Edward A. Shils, Morris Janowitz, R. Aron, Stanislaw Andreski, Samuel E. Fine, así como las aportaciones estadounidenses de Everett Hughes, Louis Wirth y C. Wright Mills.

El texto continúa con el análisis de la llamada sociología histórica, centrándose básicamente en Charles Tilly y Theda Skocpol. Por su parte, Tilly sostuvo que la modernidad ha seguido caminos diferentes que han sido determinados por diversos elementos entre los cuales destaca la posición geopolítica de los estados y el distinto nivel de involucramiento en lo relativo a las fuerzas armadas.

Skocpol continuó la línea de pensamiento desarrollada por Tilly al sostener que el desarrollo exitoso de las revoluciones de Francia, Rusia y China fue principalmente resultado de decisiones políticas impredecibles sobre cómo entablar la guerra. Así, los logros de la clase burguesa democrática y del socialismo, no fueron el resultado inevitable de un proceso histórico lineal, sino de circuns-

tancias contingentes. De esta forma, la democracia no es tampoco el resultado de un proceso evolutivo, sino más bien, el producto de una “coincidencia” institucional que tiene una relación directa e inextricable con circunstancias en las que la violencia y la guerra jugaron un papel fundamental.

Por otra parte, la llamada sociología británica siguió el principio central de la sociología histórica –y por ello se entiende la importancia concedida a la variabilidad de las formas sociales a partir de la historia particular de cada país o cultura–, para desarrollar un marco teórico que analizase la guerra y la fuerza militar de una forma más convincente. Esta escuela está principalmente representada por tres autores, Michael Mann, Anthony Giddens y Martin Shaw.

Una de las ideas centrales de estos autores es haber mostrado que el principio vertebrador de la obra de Weber, la noción de racionalización del mundo occidental, deja de lado el hecho de que esta racionalización estuvo inextricablemente vinculada con diversas formas de violencia armada. Por su parte, Giddens planteó que, si bien la modernización trajo consigo una amplia pacificación dentro de sus sociedades, fue esta misma condición la que permitió que esas sociedades entraran en guerra con el resto del mundo. Así, la guerra total fue desarrollada en aquellas naciones-estado que habían logrado un alto nivel de homogeneidad interna. Por lo tanto, al igual que el capitalismo y la industrialización, la violencia perpetrada por el sistema internacional de naciones-estado jugó un papel igualmente importante en la conformación de la modernidad. Derivado de lo anterior, M. Shaw estableció una diferencia sustancial que explica una parte fundamental de la sociedad actual del siglo XXI, la desaparición de la obligatoriedad del servicio militar por parte de civiles. El hecho de que el aparato militar no sea abastecido por la población civil en general permitió la existencia de ejércitos pequeños, cada vez más profesionalizados e independientes que reducen no sólo las pérdidas de sus propios habitantes, sino que permiten entablar la guerra frente a otros países, sociedades o culturas principalmente del mundo no occidental.

El capítulo final del libro analiza la situación mundial desde el final de la guerra fría hasta nuestros días. Es por demás interesante que el tema de la guerra acabó por ser incorporado plenamente en el pensamiento social hasta entrada la década de 1980-1990 a partir de cuatro referentes principales, la reflexión sobre “la paz democrática”, los “estados fallidos”, las “nuevas guerras” y el relativo al “imperio americano”.

Con respecto al debate sobre la “paz democrática”, el argumento que sostiene que los estados democráticos no entran en guerra entre sí mismos, se derivaba de la idea kantiana. En respuesta a esto, el principal razonamiento de los realistas sostiene que los estados llamados democráticos o en proceso de consolidación son de hecho más beligerantes que otros que no son así definidos,

lo que se complementa con el hecho de que si bien los países llamados democráticos han aumentado en número, el número de guerras no ha disminuido y probablemente haya aumentado.

Con relación a los “estados fallidos”, diversos autores, entre los que destaca George Elwert, propusieron un nuevo enfoque al problema de la violencia que se explica a partir del concepto de “estado-mercado”. A diferencia del pasado, el Estado ha perdido mucha de su autoridad a partir del surgimiento de corporaciones desreguladas, de ONGs y de redes clandestinas militares y grupos terroristas que llegan a crear protomercados en el campo de la seguridad y que funcionan como protoestados de guerra. Uno de los referentes más importantes de esta nueva modalidad es el reemplazo de la obligatoriedad del servicio militar por compañías militares privadas (llamadas PMCs por sus siglas en inglés: *Private Military Companies*), cuyas repercusiones en la sociedad actual adquieren magnitudes nunca antes vistas.

Entre las consecuencias principales de este cambio se encuentra el hecho de que los estados no tienen interés en regular estas compañías porque sirven bien a sus intereses, ya que por una parte se desembarazan de la legitimidad frente a una guerra porque las víctimas no son ya los ciudadanos-soldados de los que se responsabilizaba el Estado, sino individuos contratados de forma privada. De ello se concluye que el surgimiento de estas compañías privadas no sólo no reduce la violencia, sino que es posible que la intensifique, ya que, entre otros referentes, el monopolio de la violencia a cargo del Estado está cada vez más en duda de ser cumplimentado.

Con relación a las “nuevas guerras”, es de resaltar que la noción convencional de la guerra como una disputa entre estados está siendo reemplazada por los llamados “conflictos de baja intensidad” en los que grupos no estatales desafían al Estado gracias a que poseen mejores armas y estrategias diversas que van de la guerrilla al terrorismo.

Finalmente, relacionado con el estudio de los estados fallidos se encuentra la pretensión de los Estados Unidos en constituirse como un imperio, proyecto que comienza con Clinton y se consolida con George W. Bush. No obstante, debido al encumbramiento del nacionalismo a lo largo del planeta, el intento de convertirse en un imperio, como lo hizo Gran Bretaña en el siglo XVIII y XIX, es impensable, por lo que de persistir la política militarista de los Estados Unidos en el mundo, sólo ocasionará el efecto inverso, es decir, el crecimiento y expansión del terrorismo internacional.

Para concluir, sólo resta esperar que esta invaluable aportación de Joas y Knöbl siembre el interés por estudiar de forma sistemática y especialmente atendiendo a la variabilidad histórica, este fenómeno que ha jugado y seguirá jugando un papel central en el desarrollo de nuestra vida social.

RAMÓN VARGAS MASEDA es Doctor en Sociología. Actualmente se encuentra escribiendo un libro sobre Goffman. Ha sido profesor en diversas universidades y su área de especialización es la teoría sociológica, clásica y contemporánea, aunque también ha realizado diversos estudios empíricos. Algunas de sus ideas han sido reconocidas por autores como Hans Joas, a quien entrevistó en 2010 con el interés de precisar algunos aspectos de la teoría social, particularmente del pragmatismo, del interaccionismo simbólico y de la teoría de la creatividad de la acción. La entrevista fue publicada en la revista *Symbolic Interaction*.

Recibido: 15/11/2013

Aceptado: 19/11/2013